



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE OCTUBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Pasados no reconocidos

SECRETOS DE UN PADRE
OLGA DE LEÓN G.

La feria se había instalado en el lugar de siempre. Todo el pueblo estaba entusiasmado porque ya era la mejor temporada del final del verano e inicio del otoño. Las calles se vestían de colores, la gente se veía siempre sonriente, como si fueran realmente felices y nada malo sucediera en sus hogares, ni en el barrio donde vivían.

Joaquín, quizás era el niño más feliz, no del pueblo sino de todo el mundo. Les acababan de avisar del hospital donde se hallaba su madre internada, desde hacía casi dos meses, que había un donante de corazón para Aurora. El padre de Joaquín había reunido a sus hijos y la hermana menor de su mujer -la cual vivía con ellos-, para comunicarles la buena nueva. Y avisarles, que tenía un nuevo trabajo que le permitiría pagar la parte que le correspondía a la familia por la operación.

Joaquín, quien era el último de sus cinco hijos, se acercó a su padre y le dijo que él también quería ayudarlo a pagar por el corazón para su mamá.

El niño poco entendía de costos y pagos, ni de trabajos que permitieran pagar una deuda adquirida del tamaño que su padre se echó a cuestras. "No hijo, no puedes, tú tendrás que cuidar a tus hermanas, pues yo no estaré en casi todo el día".

Ese diálogo sucedió, veinte años atrás. Ahora, todos los niños eran adultos, Joaquín tenía casi treinta y la mayor de sus hermanas, recién había cumplido cuarenta años. La madre sobrevivió a su padre, quien murió a manos de la policía, en un enfrentamiento entre narcotraficantes y autoridades corruptas, que peleaban por la plaza que controlaban los hermanos García, jefes del esposo de Aurora y padre de Joaquín. Ellos jamás supieron a lo que se había dedicado el hombre fiel y amoroso esposo y padre ejemplar para sus hijos.

Las cosas más simples de la vida, como trabajar honradamente, limpiando pisos y baños, de seis de la mañana a ocho de la noche, en un hospital, el mismo en donde fue operada su mujer del corazón y que sobrevivió gracias a una donación anónima, dirigida específicamente para ella, por la familia del difunto, son a veces las que cambian la vida de los involucrados. En este caso, del esposo de Aurora, en quien ya habían puesto los ojos los jefes de la familia del donante: un capo mayor de los García. Pues vieron su necesidad, y sus fuerzas para el trabajo...

Nada supieron en su casa, hasta el día en que les entregaron su cuerpo y una carta de despedida para la esposa e hijos, la cual ya había sido abierta. Así supieron que la familia nada tuvo que ver con las actividades del padre y esposo. Solo una frase al final de la misiva le dio a Joaquín una pista de dónde buscar respuesta a sus dudas: "Dios en tu corazón, amada mía, y en mis manos antes sin mácula, dejo el



legado para nuestros hijos y para ti: recen por mi alma, ante la imagen inmaculada de la Virgen del Rosario y besen sus pies, en señal de que me aman y perdonan. Siempre los amé yo, Pablo."

Tres días después del entierro, Joaquín fue a la Iglesia y ante la escultura de la Virgen del Rosario que estaba a un lado del atrio, se arrodilló, besó sus pies y poniendo una mano en el que tenía una especie de raspadura reciente, logró que se abriera uno de los ladrillos sobre los que se sostenía la efigie sagrada y pudo introducir la mano y sacar, por un lado, una funda que llevó consigo a su casa. Nadie lo vio a esa hora, ya que nadie había en la iglesia, porque el templo estaba en reparación después del último temblor, que dañó un poco su estructura.

Ya en su casa, abrió la funda que contenía un cofre de madera y dentro de él, una carta dirigida a cada hijo y otra para Aurora, su amada esposa, a quien tuvo siempre, por su inspiración para actuar dentro del bien... hasta el día en que los capos lo hicieron presa de sus infames órdenes, a cambio de un corazón para ella.

A ninguna de sus hijas ni a su mujer les da explicación sobre el contenido de ese sobre, que llevaba una carta y una llave que abría un depósito personal a nombre de cada quien, en el banco que tenían muy cerca de su casa, y en donde conservaban sus ahorros.

Solo Joaquín supo la procedencia de ese dinero y el gran esfuerzo y sacrificio de vida que su padre pagó, para dejarles el legado que les dejó.

LOS CUIDADOS DE LA POBREZA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Ese domingo, Juan y su mujer se lev-

antaron a las ocho de la mañana. La pareja sin hijos rondaba los treinta años y solían despertar más tarde los fines de semana. Eran extranjeros viviendo en país de lengua exótica, a cuatro mil kilómetros del terruño paterno. La madre de ella les había depositado veinte dólares para que pudieran desayunar en un restaurante. ¿Necesitaban el dinero? Eligieron un sitio que diariamente veían en el camino al trabajo. Se les antojó el lugar porque a través de los ventanales, se miraba acogedor, con mesas y sillas de madera, con asientos acolchonados por almohaditas amarillas y recubiertas las mesas con manteles a cuadros rojos y blancos. Hacia un año que no comían fuera de casa; desde la mudanza que habían realizado para acomodarse en el barrio más barato que encontraron, en transporte público: a dos horas de camino de sus trabajos.

La más grande felicidad de la pareja era que llegara el sábado por la noche. Compraban una botella de tequila reposado, de una marca desconocida para ambos, y la bebían en la mesita central de la cocina, mientras escuchaban música, intercalando una canción elegida por uno y otra elegida por el otro. Ni juntos, ni por separado, habían pasado limitaciones como esas.

En la universidad, él nunca traía dinero para los cigarrillos; pero no faltaba quien se los comprara. Ni traía un quinto para tomar un café; pero había quien se lo invitara. No desayunaba. Ni traía morralla para la comida; pero tenía quien le invitara a comer pasado el mediodía. Regresaba hambriento por las noches, a cenar a casa de sus padres. Diariamente cargaba con los diez pesos necesarios para ir y venir a la universidad en camión y a veces los ahorra, porque tenía

quién lo llevara de regreso a su casa en auto. Vivió bajo el techo de sus padres, durmiendo en cama individual propia, con baño compartido, donde podía ducharse con agua caliente y con disponibilidad de un escusado limpio y funcional. Había medicinas cuando enfermaba. No tenía para comprar libros, pero se los regalaron, o robó uno que otro de entre librerías y bibliotecas. Su padre pagaba la modesta colegiatura, altamente subvencionada por el Estado, de la universidad pública donde estudiaba. Para las fiestas de fin de semana con los amigos, nunca traía alguna moneda que le permitiera cooperar para las cervezas, pero alguien se las invitaba. Varios amigos le pagaron vacaciones: a la Ciudad de México o en alguna playa. Cuando descubrió el sexo con su novia, hubo amigo que le prestara su cuarto de departamento, o encontraba sitio dónde acomodarse. Para eso, la juventud nunca encuentra barreras.

Sí, de joven había sido pobre en ingreso, pero nunca sufrió pobreza. Dios proveyó a través de las amistades. Supo que, sin dinero, fue más rico y tuvo mejor nivel de bienestar que el ciudadano que vivió hace doscientos años. ¿Qué no decir de los hombres y mujeres de hace dos mil años, a quienes el mundo moderno les parecería el cielo mismo?

¿Y ahora, cuál era su ensoñación? ¿Alcanzar riqueza? ¿Vivir una vida de lujos, sin trabajar? Esas, más bien, eran dichas de los nacidos en el seno de familias muy adineradas... o de otros con las ambiciones... ¿de los políticos más perversos?... Más bien, había buscado la verdad toda su vida: el conocimiento sobre la física y la química del universo. No soñó con sabiduría, porque desconocía que la tal sabiduría existiera. Le tomaría veinte años más descubrirla. Recordó que, en sus años universitarios, deseaba la oportunidad de investigar como científico: descubrir alguna verdad fisicoquímica del universo

Pero ahora, nada de eso... sino que, en la mesa del restaurante extranjero, trabajando seis días a la semana el sueño americano sin disfrutar de su salario... y mientras degustaba uno huevitos "sunny side up", con dos rebanadas de tocino, pan tostado con mermelada y un vaso de jugo de naranja: se preguntaba: ¿cómo mejorar los niveles de ingreso de los pobres? O, más aún, soñaba con mejorar las opciones de vida en todos los países subdesarrollados... Eso, finalmente, a los treinta años, porque se sentía pobre viéndolo a su alrededor tanta riqueza cimentada en las casas de la ciudad, o viendo dinero desplazándose sobre cuatro llantas, rodando automóviles sobre las calles de concreto... con todo y que gozaba de un salario nada despreciable que, de hecho, jamás había imaginado en sus años universitarios, pero el cual gastaba en su totalidad construyendo la casa de sus sueños, uno de esos sueños que no sabía dónde había adquirido, pero que le estaba costando toda su felicidad.



Mario Puzo

Narrador estadounidense, nacido en Nueva York en 1920 y fallecido en Long Island (Nueva York) el 2 de julio de 1999. Creador de algunas de las historias más célebres de la literatura de consumo de la segunda mitad del siglo XX, alcanzó renombre universal merced a la adaptación cinematográfica de su novela El padrino (1969), ambientada en el turbulento mundo de la mafia norteamericana.

Nacido en el seno de una familia de emigrantes napolitanos de muy escasos recursos económicos, se topó desde su temprana infancia con grandes dificultades que amenazaban con impedir el desarrollo de sus brillantes dotes intelectuales: sus padres eran analfabetos, la pobreza le impidió adquirir una formación escolar adecuada.

Decidido, finalmente, a dar el gran salto como escritor original y autónomo, a mediados de los años cincuenta irrumpió en el panorama literario estadounidense con The dark arena (La arena sucia, 1955), obra que pasó inadvertida para críticos y lectores.

Para sobrellevar la discreta acogida de sus dos novelas primerizas, Mario Puzo trabajó como oficinista en una editorial, donde trabó contacto con un directivo que vislumbró las posibilidades de éxito que aguardaban a una novela capaz de reflejar con crudeza y realismo las turbulentas relaciones entre los miembros de la mafia italo-americana; una novela en la que la violencia y la venganza derivadas de los negocios legales e ilegales de los personajes principales no restara protagonismo a las relaciones amorosas, sociales y familiares establecidas entre todos ellos. Dada su condición de descendiente de emigrantes napolitanos afincados en Nueva York, Mario Puzo recibió en encargo de escribir esta obra; de ahí salió The godfather (El padrino, 1969), una novela que inmediatamente hizo olvidar al autor sus dos fracasos literarios anteriores, ya que alcanzó un éxito de ventas sin precedentes hasta ese momento, con veintidós millones de ejemplares vendidos en el todo el mundo, traducciones a más de veinte idiomas diferentes, y tres versiones cinematográficas (correspondientes a cada una de las tres partes en que está dividida la novela) que, realizadas en 1972, 1974 y 1990 por el cineasta norteamericano Francis Ford Coppola, fueron galardonadas con numerosos Oscars de Hollywood y lograron grandes éxitos de taquilla en las salas cinematográficas de todo el mundo.

El resto de la producción narrativa de Mario Puzo está formado por diferentes obras menores, entre las que cabe citar las novelas John Merly, Fools Die (traducida al castellano bajo el título de Los tontos mueren) y Las extrañas vacaciones de David Shaw. En activo hasta los últimos días de su vida, en 1999 puso fin al manuscrito de su última novela, titulada Omertá, en la que regresaba a su querido mundo del crimen organizado, ahora analizado desde el estudio del hermetico código de silencio que regula las relaciones entre los miembros de la mafia.

ad pèdem literae

Por los defectos de los demás el sabio corrige los propios

Publio Siro

Letras de buen humor

Un abogado con su maletín puede robar más que cien hombres con pistolas

Mario Puzo

Elmer Mendoza

El cojo de Inishmaan

Inishmaan es una isla irlandesa que habita la mirada de todos los que hemos visto la puesta en escena El Cojo de Inishmaan, de Martin McDonagh. El mar humedece nuestros rostros y nos suspende en una tragedia desarrollada con suavidad entre la risa, lenguaje callejero y la pasividad de una isla en que las ilusiones tienen el mismo nombre. Con el apoyo de Efiartes, la Sociedad Artística Sinaloense, de Culiacán, Sinaloa, dirigida por Leonor Quijada Franco, consiguió poner en la CDMX esta obra insólita traducida por Lorena Maza y dirigida por Fernando Bonilla, un director perspicaz al que fascina el riesgo, que es fiel a sus ideas y a sus pesadillas, sobre todo cuando se trata de llevar a escena a un autor como McDonagh, un maestro cazador de cabezas de la escena contemporánea, que comparte el agrio espíritu de las pequeñas comunidades. Larga vida a la noche del estreno.

La vida en la isla es rutinaria, hasta que llegan unos gringos a filmar una película e invitan a participar a los que lo deseen. Como la mayoría lo pretende, la isla entra en una leve ebullición que ya verá usted en lo que termina. Aparte de esto podrá percibir la intensidad con que actrices y actores se apoderan de un escenario creado por Sergio Villegas a base de señales en que el mar, la sal, las piedras y el espíritu minimalista nos ubi-

can en todos los lugares apartados del mundo. Les cuento el cuento contando cuentos. El vestuario es el vehículo que nos pone en 1934, en esa isla cuyas fauces consumen lo que pueden. Abracen a Jerildy Bosch. Lo merece, además usa lindas sandalias. Es mágica la manera en que el teatro Rafael Solana de Coyoacán se convierte en una olla de presión que ni la música de Jordi Bachbush consigue apaciguar. Busqué a Maricela Estrada para que maquillara la nueva novela del Zurdo Mendieta, pero no tenía tiempo, debía lograr una obra maestra maquillando a los actores de El Cojo de Inishmaan, y lo logró. Lo puede constatar desde la primera escena.

Y las actrices, ¡ah, las actrices! Tina French, que es voz y arrebató; Gabriela Murray, amiga querida, ¡qué manera de iluminar el escenario! Sofia Álvarez, siempre admirable, de intemporal presencia; Meraqui Pradis y sus cinco puntas. Los actores llegaron ya. Juan Carlos Beyer es un médico que hizo su tesis; Aldo Escalante es más que el pescador rompehuesos; Demetrio Bonilla, genial, joven actor apto para el largo camino; David Juan Olguín Almela, con sangre de poeta, los llevará hasta el paroxismo; Sergio Zurita, aporta, reporta, soporta vibraciones que oscilan en butacas, pasillos y puertas de emergencia. Esa noche usted podrá notar que McDonagh toma



cerveza irlandesa, que le gustan los pueblos donde la vida transcurre y no importa la esperanza, que la ilusión hollywoodense no tiene fronteras, que un minusválido está dotado para lograr su deseo más grande, que le gustan los dulces, que ha gastado sus horas esperando a Beckett. El Cojo de Inishmaan corre entre el amor y la felonía. Hay una biblia a la que le cortaron El Cantar de los cantares. Encontrará usted escenas

geniales y por lo mismo irrepetibles. Cada noche aparece un búho distinto y no hay bicicletas. En esta isla una chica vende huevitos, una señora dulces y un noticierista, ilusiones. ¿Quiere saludar a mi amigo Mario Rodríguez, el production manager? Allí lo puede hacer porque está en todo. Si usted practica el derecho a pasarla bien, vea El Cojo de Inishmaan, aquí se la recomendamos.